

Chicha Libre en Barbès, Nueva York, 22 de diciembre de 2008

[*Billboard en Español*, 29 de diciembre 2008]

En una de las noches más frías del año, la idea de salir a escuchar cumbias amazónicas resultaba casi tan absurda como caminar sobre el hielo que cubría las aceras de Nueva York. Pero al interior de Barbès —el pequeño local de Brooklyn que funciona como centro de operaciones de una camada de grupos que exploran los sonidos del mundo— el aire era cálido y la fiesta estaba por comenzar. En la piedad del fondo del bar, Chicha Libre preparaba sus instrumentos.

La cuenta de cuatro la dio el vocalista de la banda y co-propietario de Barbès, el francés Olivier Conan, con sombrero vaquero y un cuatro venezolano colgando de los hombros. Y desde el primer acorde de "Sonido Amazónico", el sexteto conjuró con su sonido mutante el espíritu dionisiaco de la selva amazónica. El sonido de Chicha Libre —y seguro que Tarantino ya tomó nota— es el de la banda residente de un local nocturno situado en un palafito de la jungla peruana, o una ciudad del norte de África a la que van a esconderse los bellacos.

En vivo, la música de Chicha Libre es delicada y poderosa por partes iguales. En los trastes de la guitarra de Vincent Douglas coexisten tanto los sonidos eléctricos de la cumbia como los riffs de un spaghetti western o Link Wray. El bajo de Nicholas Cudahy aporta simultáneamente ritmo como los delicados toques melódicos que ya le escucháramos en Combustible Edison. Greg Burrows y Tomothy Quigley forman una dupla compacta de percusión, que se complementa en timbales, congas y cencerros, e incluso se luce al momento de tocar coordinadamente sus bongós. Pero el elemento más llamativo del sonido de Chicha Libre está en el Electravox —un inusual acordeón eléctrico— de Joshua Camp. Sobre sus teclas y empleando a veces el wah-wah, Camp dirige las riendas de la banda, guiándola por paraísos de euforia artificial.

A bordo de esa nave sonora viajan el cuatro y el canto de Conan, quien, gracias a su voz ahumada y su acento francés le da a las canciones en español una capa adicional de multiculturalismo. Cuando Chicha Libre interpreta, por ejemplo, "Primavera en la selva" —que toma prestada parte de la melodía de "La primavera" de Vivaldi— y sus integrantes repiten eso de "En la selva amazonica"—así, acentuando la i en vez de la o—"no hay primavera", no sólo queremos bailar. En ese momento el mundo es también un poco más pequeño y menos serio, y no podemos evitar sonreír.

En estos tiempos difíciles, Chicha Libre es uno de los mejores espectáculos que pueden verse en Nueva York sin comprar un boleto. Cuando, tras una hora de show, la mesera del bar pasea entre la gente que mueve las caderas una cubeta de vidrio sugiriendo que depositemos un billete de \$10, es imposible negarse. Lo mejor es que, igual que en uno de esos locales cinematográficos a los que Chicha Libre nos ha transportado, los músicos vuelven a tocar otro set tras unas copas. Y lo seguirán haciendo en el mismo cuartito por muchos lunes más.

—José Manuel Simián